

G. K. CHESTERTON

ORTODOXIA

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MIGUEL TEMPRANO GARCÍA

BARCELONA 2013



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Orthodoxy*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by The Royal Literary Fund
© de la traducción, 2013 by Miguel Temprano García
© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-15689-50-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 2552-2013

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2013*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

PREFACIO

Este libro está concebido para ser un tomo complementario a *Herejes* y para proporcionar un lado positivo, además del negativo. Muchos críticos se han quejado de que la obra así titulada se limitaba a criticar las filosofías actuales sin ofrecer ninguna a cambio. Estas páginas son un intento de responder a ese desafío. Son inevitablemente afirmativas y, por tanto, inevitablemente autobiográficas. El autor, en cierto modo, ha tropezado con la misma dificultad con que topó Newman al escribir su *Apología*: se ha visto obligado a ser egotista sólo para ser sincero. Aunque todo lo demás pueda ser diferente, en ambos casos la motivación es la misma. El propósito del autor es ofrecer una explicación no de hasta qué punto es creíble o no la fe cristiana, sino de cómo ha llegado a creer personalmente en ella. Por esa razón, el libro está organizado según el principio positivo de un acertijo y su respuesta. Trata primero de todas las especulaciones sinceras y solitarias del autor y luego del modo sorprendente en que la teología cristiana respondió a todas ellas. Al autor le parece una fe convincente. Pero, si no lo es, al menos puede considerarse una sorprendente y repetida coincidencia.

G. K. C.

INTRODUCCIÓN:
EN DEFENSA DE LO DEMÁS

La única excusa posible de este libro es que es la respuesta a un desafío. Incluso un mal tirador parece digno cuando acepta participar en un duelo. Cuando, hace ya un tiempo, publiqué una serie de apresurados aunque sinceros artículos bajo el título de *Herejes*, varios críticos, cuyo juicio me merece gran respeto (y quiero mencionar especialmente al señor G. S. Street), admitieron que estaba muy bien exigir a los demás que explicasen sus teorías cósmicas, pero se quejaron de que hubiese evitado cautamente predicar con el ejemplo. «Empezaré a preocuparme por mi sistema filosófico—afirmó el señor Street—cuando el señor Chesterton nos haya explicado el suyo». Tal vez pecara de incauto al hacerle semejante sugerencia a alguien dispuesto a escribir un libro a la menor provocación. Pero al fin y al cabo, aunque el señor Street haya inspirado y dado origen a este libro, no tiene por qué leerlo. Si lo hace, descubrirá que en sus páginas he intentado explicar, más con imágenes que con una serie de deducciones, el sistema filosófico en el que he llegado a creer. No lo llamaré mi sistema filosófico, porque no es obra mía. Es obra de Dios y de la humanidad; y yo soy obra suya.

A menudo he pensado escribir una novela sobre un navegante inglés que calcula de manera ligeramente equivocada el derrotero y acaba descubriendo Inglaterra con el convencimiento de que se trata de una isla de los Mares del Sur. No obstante, siempre estoy demasiado ocupado o demasiado ocioso para escribir dicha novela, así que puedo pospo-

nerla para dedicarme a la ilustración filosófica. Es probable que la gente piense que un hombre que desembarca (armado hasta los dientes y haciéndose entender por señas) para plantar la bandera británica en un templo bárbaro que al final resulta ser el pabellón de Brighton debe de ser idiota. No diré que no lo parezca. Pero quien crea que de verdad está convencido de serlo, o en cualquier caso que ésa es su emoción predominante, es que no ha estudiado con el suficiente detalle la compleja naturaleza romántica del protagonista de mi historia. En realidad, su error no puede ser más envidiable, y si fuese el hombre que creo, seguro que sería consciente de ello. ¿Qué puede ser más placentero que combinar en unos pocos minutos los fascinantes terrores de hollar una tierra ignota y la humana tranquilidad de regresar a casa? ¿Qué mayor goce que descubrir Sudáfrica sin tener la desagradable necesidad de poner el pie en ella? ¿Qué es más glorioso que hacer acopio de valor para descubrir Nueva Gales del Sur y luego caer en la cuenta, entre lágrimas de felicidad, de que en realidad se trata de la vieja Gales del Sur? Ahí radica en mi opinión el principal problema para los filósofos, y hasta cierto punto el de este libro. ¿Cómo sorprendernos al mismo tiempo por el mundo y sentirnos en él como en casa? ¿Cómo puede esta extraña ciudad cósmica, con sus habitantes de múltiples pies y sus lámparas antiguas y monstruosas, cómo puede proporcionarnos este mundo al mismo tiempo la fascinación de una ciudad desconocida y el consuelo y el honor de nuestra propia ciudad?

demostrar que una fe o una filosofía es cierta desde cualquier punto de vista sería una gran empresa incluso para un libro mucho más grande que éste; es necesario seguir una senda argumental, y ésa es la senda que me propongo seguir. Quiero exponer mi fe como una respuesta par-

ticular a la doble necesidad espiritual de esa mezcla de lo conocido y lo desconocido que la Cristiandad ha denominado con razón «romanticismo». La propia palabra «romance» contiene el misterio y el antiguo sentido de Roma. Quien pretenda cuestionar algo debería dejar claro qué es lo que no pretende cuestionar. Más que afirmar lo que pretende demostrar debería indicar qué es lo que no pretende demostrar. Lo que no pretendo demostrar, y en ello estoy convencido de coincidir con cualquier lector medio, es la conveniencia de llevar una vida activa e imaginativa, pintoresca y colmada de curiosidad poética, una vida como la que siempre parece haber deseado el hombre en Occidente. Si alguien afirma que la extinción es mejor que la existencia o que una existencia vacía es mejor que la variedad y la aventura, es que no forma parte de la gente común a la que van dirigidas estas líneas. A quien prefiera la nada, la nada le doy. Pero casi todo el mundo a quien he conocido en esta sociedad occidental en la que vivo estaría de acuerdo con la proposición general de que necesitamos dicha vida de romanticismo práctico: la combinación de lo exótico con lo conocido. Necesitamos tanto ver el mundo como combinar la idea de fascinación con la de reconocimiento. Necesitamos ser felices en este país de las maravillas sin sentirnos simplemente cómodos. Ése es el logro de mi fe que trataré de exponer en estas páginas.

Pero tengo una razón particular para aludir al navegante que descubrió Inglaterra, y es que quien descubrió Inglaterra soy yo. No se me ocurre ningún modo de evitar que este libro sea egotista; ni tampoco (si he de ser sincero) que resulte pesado. Su pesadez, no obstante, me librá de la acusación que más me preocupa: la de frivolidad. La sofística intrascendente es lo que más desprecio del mundo, y tal vez sea bueno que la gente acostumbre a atribuirme ese de-

fecto. No se me ocurre nada tan desdeñable como una simple paradoja, una mera defensa ingeniosa de lo indefendible. Si fuese cierto (como se ha dicho) que el señor Bernard Shaw vive sólo de las paradojas, ya debería ser uno de tantos millonarios vulgares, pues un hombre de su inteligencia es capaz de idear un sofisma cada seis minutos. Resulta igual de fácil que mentir, porque es mentir. Lo cierto, claro, es que el señor Shaw topa con la insidiosa dificultad de ser incapaz de contar una mentira a menos que crea que es cierta. Yo también estoy uncido a ese yugo intolerable. En toda mi vida jamás he dicho algo sólo porque me pareciera divertido; aunque, como es lógico, me haya dejado llevar por la vanagloria y es posible que haya pensado que algo era divertido sólo porque lo había dicho yo. Una cosa es narrar una conversación con una gorgona, un grifo o cualquier otra criatura inexistente y otra muy diferente descubrir que el rinoceronte existe y luego regocijarse porque, a juzgar por su aspecto, no lo parezca. Buscamos la verdad, pero cabe la posibilidad de que busquemos instintivamente las verdades más extraordinarias. Por ello dedico, con la mayor cordialidad, este libro a toda esa gente tan jovial que detesta mis escritos y los considera (a mi entender con toda justicia) una serie de patéticas payasadas o un mal chiste.

Y es que si esta obra es una burla, el burlado soy yo, puesto que soy ese hombre que, con total osadía, descubrió lo que ya estaba descubierto. Si hay un elemento de farsa en estas páginas, habrá de ser a mi costa, pues en ellas se narra cómo creí ser el primero en poner el pie en Brighton, cuando en realidad era el último, y se detallan mis elefantinas aventuras en pos de lo evidente. Nadie considerará mi caso más ridículo que yo, y ningún lector podrá decir que intento burlarme de él: yo soy el chasqueado de esta historia y nadie me despojará de mi trono. Admitiré libremente

te todas las estúpidas ambiciones de finales del siglo XIX. Como todos los niños serios, intenté ser un adelantado a mi época. Igual que ellos, me esforcé en ir diez minutos por delante de la verdad. Y descubrí que iba mil ochocientos años por detrás. Imposté la voz con penosa grandilocuencia juvenil para exponer mis verdades. Y recibí el castigo más divertido y merecido, porque, aunque he seguido creyendo en ellas, he descubierto, no que fuesen falsas, sino sencillamente que no eran mías. Creía estar solo, y en realidad me hallaba en la ridícula situación de contar con el apoyo de toda la Cristiandad. Es posible, y espero que el cielo me perdone por ello, que intentara ser original, pero tan sólo conseguí idear un mal remedo de las tradiciones ya existentes de la religión civilizada. El navegante de la novela creyó ser el primero en descubrir Inglaterra; yo creí ser el primero en descubrir Europa. Me esforcé en inventar una herejía propia y, después de darle los últimos retoques, descubrí que era la ortodoxia.

Es posible que haya quien se entretenga con el relato de este fracaso tan afortunado. Que alguno de mis amigos o enemigos se divierta leyendo cómo, gracias a lo que tienen de verdad algunas leyendas dispersas, o a la falsedad de alguna de las teorías filosóficas predominantes, fui aprendiendo poco a poco cosas que habría podido aprender en el catecismo..., suponiendo que haya llegado a aprenderlas. Es posible que leer cómo encontré en un club anarquista o en un templo babilónico lo que podría haber encontrado en la iglesia parroquial más cercana sea entretenido, aunque también puede que no lo sea. Si a alguien le divierte saber cómo las flores de un prado, unas palabras leídas en un ómnibus, los avatares de la política o las tribulaciones de la juventud llegaron a combinarse para producir una convicción en la ortodoxia cristiana, es posible que lea es-

tas páginas. Pero la división del trabajo también tiene su lógica y, puesto que soy yo quien ha escrito el libro, por nada en el mundo querría leerlo.

Añado una nota puramente pedante que aparece, como deberían aparecer todas las notas, justo al principio. Estos ensayos sólo pretenden argumentar que el núcleo de la teología cristiana (suficientemente resumida en el Credo de los Apóstoles) es la mejor fuente de energía y de una ética bien fundada. Su intención no es discutir la fascinante pero muy distinta cuestión de en qué lugar pueda residir en nuestros días la autoridad para su proclamación. Al utilizar la palabra «ortodoxia» me refiero al Credo de los Apóstoles, tal como lo entendía hasta hace muy poco tiempo cualquiera que se considerara cristiano y tal como se entiende por el comportamiento de quienes lo han defendido a lo largo de la historia. Por cuestiones puramente de espacio, me he visto obligado a ceñirme a lo que me ha aportado dicho credo, sin referirme a la cuestión, tan discutida por los cristianos modernos, de dónde nos ha sido revelado. Éste no es un tratado eclesiástico, sino una especie de autobiografía chapucera. Aunque quien quiera conocer mis opiniones sobre la verdadera naturaleza de la autoridad no tiene más que animar al señor G. S. Street a lanzarme otro desafío, y le escribiré otro libro.